



Capítulo 24



ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO I

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo I
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-32-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-05741

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300212

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Mi encuentro con José María en Chimbote

PADRE ENRIQUE CAMACHO

El encuentro en Cieneguilla y en Chimbote

Yo llegué a Lima el 15 de julio de 1965. No tenía idea de cómo era el Perú, menos aún Chimbote, ni de cómo sería mi vida como misionero en el mundo obrero.

Con el Padre Guillermo Mc Intire, MM (Maryknoll), formamos el Equipo para el Desarrollo Humano, que fue un proyecto de la Comisión Episcopal de Acción Social de la Conferencia Episcopal Peruana.

En Cieneguilla, en la Casa de Santiago Apóstol, donde estudié castellano, vi por primera vez a Arguedas. Este había sido invitado para exponer su libro *Todas las sangres*. Me senté frente a él. Sabía que era antropólogo y que aquel libro, sobre el Perú y América Latina, era importante. El título me pareció muy gráfico, pues yo sentía que el Perú no era un país propiamente dicho, sino una especie de puchero o, como había dicho Luis Alberto Sánchez, se trataba, más bien, de un conjunto de tribus.

En Chimbote, Arguedas recogía información sobre los grupos sociales de esta población para poder escribir una nueva novela, que luego sería *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Ya había entrevistado a varias personas.





Padre Enrique Camacho, José María Arguedas y Padre Mc Intire (Maryknoll), Centro de Acción Social, CAS, Las Laderas del Norte, Chimbote - Parroquia de San José Obrero, 1967.

Lo reconocí inmediatamente en una de las reuniones sindicales cuando lo vi sentado frente a mí con un cuaderno de apuntes y una grabadora. En la reunión hablaron los dirigentes y también hablé yo. Parece que esa intervención mía le intrigó porque esa misma tarde se presentó con su grabadora en mi oficina, en el Centro de Acción Social (CAS), ubicada en Laderas del Norte.

El «camarada Enrique»

Me sorprendió verlo. Me dijo: «Sáqueme de una confusión, ¿cómo así usted, siendo cura y americano, puede estar unido a camaradas y, más aún, ser aceptado por ellos y sentarse al lado del secretario general? ¿No es esto un poco contradictorio?» Le respondí que, efectivamente, podría parecer una contradicción, pero que yo era más católico que gringo; que yo no era ni pensaba como ese cura que él describe en *Los ríos profundos*, sino que era bastante diferente.

Me contó que, cuando estuvo sentado escuchándome en aquella reunión sindical, preguntó ¿quién es este sacerdote?, y le contestaron: «el camarada Enrique». También me contó que algunas personas en Chimbote sospechaban que yo pudiese ser de la CIA. Para aclarar toda esta información, decidió venir a verme.

¿Cómo llegaste a esto?

A Arguedas le sorprendió que, colgados en mi oficina, se encontraran, uno al lado del otro, un gran retrato del Che Guevara de ochenta centímetros, junto a otro de Jesús crucificado; ambos pintados por mí. Al ver el pequeño libro marxista que tenía, observó que estaba abierto y contenía los dichos de Mao. «¿Cómo llegaste a esto?», me preguntó. Le expliqué, con mayor profundidad, mi rol como sacerdote en el mundo obrero. Mi convicción de que la huelga era una medida justa.

Me seguía mirando intrigado y preguntó: «¿cómo puede poner, sobre la misma mesa, cosas tan contrarias (se refería a Cristo y al Che, Mao, etcétera)?». Le contesté que un instrumento no es una meta, que se puede usar la praxis o el método de investigación de una ideología sin ser, necesariamente, ateo. En esos textos encontraba directivas sobre el efecto que unas pocas personas, unidas y preparadas, pueden tener sobre una asamblea sindical de cincuenta o más personas.

Mientras conversaba con Arguedas, lo noté cansado y le pregunté si le resultaba cómodo su alojamiento. Me dijo que, en el hotel Chimú, donde se encontraba, no descansaba bien. Le propuse trasladarse a nuestro convento de frailes, donde podría disfrutar de cierta tranquilidad. «¿De veras?», me preguntó, y aceptó gustoso.

El Loco Moncada: «es sabio y es profeta...»

El día de nuestra primera entrevista conversamos mucho sobre un conocido personaje de Chimbote, el Loco Moncada, quien solía pararse en la esquina de las calles Gálvez y Pardo, donde ahora se encuentra el juzgado. Ahí confeccionaba bolsas de red para vender, lo cual combinaba con su prédica.

Le conté a Arguedas que lo conocí un día en el que yo salía, justamente, del juzgado. Venía de ver al juez a quien le pedí que revisara el caso de un amigo mío. El juez me insinuó que yo debía sobrepasar la coima de los acusadores. Me indignó tanto el asunto que le dije: «Yo se que tú eres un hombre honesto y que no te vas a ensuciar las manos y la barriga con esa porquería del soborno». Solo me contestó que regresara a las 10 a.m. del día siguiente. Así lo hice, pero, para entonces, ya había dictado la sentencia a favor del acusador.

Asqueado, salí del juzgado y, al cruzar la calle, me encontré con el Loco Moncada. Ni bien terminé de contarle sobre el asunto, empezó a vociferar indignado: «¡Padre Camacho! Usted no sabe que hay dos dioses, el verdadero y el dios



Loco Moncada y Enrique Camacho en el muelle de Chimote, 1967.

dinero. ¿No sabe que este juzgado es el templo del dios dinero?, ¿que en este templo lo adoran día y noche?, ¿que el juez es el sumo sacerdote?, ¿que los abogados son los sacerdotes y el escribano es el sacristán?, ¿que todos son adoradores del dios dinero?»

Arguedas me dijo: «Es sabio y es profeta más que loco».

Paseo por la ciudad

Deseaba llevar a José María a un *city tour* panorámico, mostrándole los contrastes y los distintos mundos sociales de Chimote.

Lo llevé al Hospital Obrero y al Hospital La Caleta, para que él observara por sí mismo las diferencias. En ese entonces, en el hospital La Caleta atendían solo dos médicos y cuatro enfermeras a demasiados pacientes. Le conté que, a veces,

no había luz eléctrica. Una tarde vi que, en el jardín de afuera, una madre sujetaba fuertemente a su hija, mientras los médicos le cortaban las partes infectadas de la pierna y le cosían las heridas sin anestesia. Tales barbaridades eran cosa común entre esta gente pobre. Mientras tanto, en el Hospital Obrero, trabajaban como 55 médicos y más de cien enfermeras, que contaban con una farmacia llena de medicinas, las cuales eran robadas y, luego, revendidas.

En otro momento, señalando el basural, le comenté a José María: «Dicen que algunas lindas flores pueden salir del basural y yo creo que es una lección para nosotros, pues el basural no hace al hombre. Es el hombre quien hace al basural». Me refería a que los peruanos habían hecho del Perú un basural, con tantos desperdicios de fábricas, como el humo que salía de las fábricas de Sider Perú y que formaba una nube naranja que bajaba sobre el valle, especialmente sobre Coishco, poblado vecino de Chimbote. Recuerdo que comenté que nadie hacía nada por impedir tal abuso. Incluso algunos lo justificaban cínicamente, afirmando que ese humo era bueno para fertilizar la tierra. Yo consideraba que, si el gobierno lo permitía, era porque había soborno de por medio.

Cuadro didáctico

Un día que estaba en mi oficina, le mostré uno de mis cuadros «didácticos». Pinté un burro que tenía anteojos de colores y, alrededor de él, coloqué imágenes alusivas al alcoholismo y a todos los pecados morales y sociales. El burro aparecía con una gran sonrisa. El lema del cuadro era: «Quítate los anteojos y no seas tan burrito». Yo enseñaba a través de estas imágenes, para suplir mis limitaciones del castellano y para ilustrar ciertas ideas claves relacionadas con valores importantes.

«No puedo rechazar un dios así»

José María me demostraba afecto, me hacía sentir que me quería, me abrazaba calurosamente, incluso me presentó a Sybila. Pedía mi opinión sobre algunas personas que había conocido, tanto laicos como religiosos.

Una vez, cuando le pregunté por su fe en Dios, me dijo, señalando su cuello: «soy católico de aquí a abajo con todos los prejuicios y complejos, soy ateo de aquí hacia arriba». Me llamó la atención que no declarara ser agnóstico, y que no tuviera un claro rechazo hacia lo divino. Lo que sí rechazaba era su propia percepción de lo que era Dios.

Yo le contesté: «Quizá tu percepción de lo que es cristiano, de lo que es católico, de lo que es la Iglesia y de lo que son los curas está muy equivocada. Tú no conoces al verdadero Dios ni a la Iglesia ni a Jesús». Me preguntó cuál era. Entonces, le entregué algunos textos importantes para ayudar a calmar su espíritu. Seleccioné algunos fragmentos de las *Confesiones* de San Agustín, le di algunas citas de San Pablo, otras de Isaías. Después de leerlos, me dijo: «No puedo rechazar a un dios así».

«Daría cualquier cosa por tener la paz de ese hombre» Le presenté a sacerdotes muy diferentes de aquellos tradicionales que conoció en su infancia y que había retratado en *Los ríos profundos*. Le propuse que hablara con el padre dominico Guillermo Cassidy, quien había vivido como misionero trece años en la China, hasta 1949. Guillermo representaba una manera distinta y santa de ejercer el sacerdocio. En Chimbote, realizaba su apostolado entre los más pobres del barrio de San Pedro, administraba los sacramentos, visitaba las casas y los enfermos; en cambio, yo me encontraba en mi propio mundo, sindical y agrario.

Arguedas quedó muy impresionado al conocerlo. Me mostró varias cintas grabadas con las conversaciones que sostuvieron. Su última entrevista con él duró cuatro horas y, al terminar, me dijo: «Enrique, yo daría cualquier cosa por tener la paz de este hombre. ¡Qué linda conversación he tenido!»

También le pasé algunos escritos de Gustavo Gutiérrez de aquella época, y algo que yo escribí sobre la emoción social y la misión de la Iglesia.

Chimbote y el «laboratorio sociológico»

José María caminaba muchas horas por las calles de Chimbote. Un día, me dijo: «He encontrado una esquina que es un laboratorio sociológico». Se refería a la esquina de Olaya y Gálvez. En la parte sur de esa esquina coincidían líneas de transporte, además de tiendas y pequeñas industrias clandestinas. En la parte norte había un camal. Llegaban algunos colectivos para entrar a la Avenida 21 de Abril, también un ferrocarril que se dirigía a la sierra. Tiempo después, fui a su «laboratorio» y lo encontré sentado en la puerta de la casa que forma una de las esquinas. Me contó: «toda esta zona es un gran laboratorio sociológico. Tú puedes hacer un estudio sociológico sobre toda la gente que baja de la sierra. Tantas culturas se cruzan aquí...».

Cartas de Arguedas

José María me escribió varias cartas, lamentablemente guardé solo tres, que incluí en mi libro. En una de ellas, Arguedas me decía que le gustaría que yo fuese uno de los personajes de su novela, y me preguntó si estaría de acuerdo con llamarme «Cardozo». Acepté y le expliqué que ese era un apellido portugués.

No estoy seguro de cuán consciente era Arguedas de la existencia de un Dios liberador. En mi modesta opinión, no veo que yo tuviera ninguna influencia en él, porque cuando una mente está confusa y mezcla las cosas, no es el momento propicio para una reflexión profunda. Supe que José María trató de suicidarse en Chimbote. Walter de la Riva y varios pescadores me dijeron que tomó muchas pastillas y que, después de eso, quizá arrepentido, caminaba por la orilla de la playa con café negro para despertarse.

Esta vida no termina con todo

Arguedas buscaba libertad, paz, comprensión, explicación del porqué de esta vida. Mostraba algo en su alma andina que anhelaba la paz de Dios, pero esta le parecía tan lejana. Yo creo, en realidad, que esta paz se encontraba en el fondo de su alma, esperándole.

Considero que, en Arguedas, hubo una cierta esperanza, unos pequeños brotes de luz que implican la esperanza de algo nuevo, trascendente; la creencia de que en esta vida no se termina todo.

Por otro lado, pienso, asimismo, que Arguedas no imaginó al Perú como condenado a esa desastrosa situación en la que se encontraba. Por eso sitúa a «Cardozo» al servicio de la construcción de una sociedad justa, acompañando y organizando a los pobres en su marcha hacia la nueva sociedad.